



UNIVERSIDAD CATÓLICA: ¡SÉ LO QUE DEBES SER!

Identidad y misión de la Universidad Católica

ZENON CARDENAL GROCHOLEWSKI

Introducción

Es de verdad una alegría grande para mí visitar por tercera vez esta Pontificia Universidad Católica Argentina. Agradezco por eso su gentil invitación.

Mi conferencia quiere ser una pequeña aportación en torno al fondo de la actual crisis del pensamiento humano.

El pensador español, José Luis Pinillos, comienza así su libro *‘El corazón del laberinto’*:

“Como saben los niños, el Laberinto era el palacio de un antiguo rey de Creta, llamado Minos. Allí estaba encerrado el Minotauro, un temible monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre, al que todos los años se le entregaban siete doncellas y siete efebos traídos de Atenas. El laberinto era, entonces, un intrincado cruce de salas y pasillos del que nadie había logrado salir, hasta que Teseo se dejó guiar por el hilo de Ariadna. Luego, con el tiempo, un laberinto ha pasado a ser una cosa enredada, un asunto al que no se le ve la salida, un embrollo. La actual situación del mundo pertenece por derecho propio a este género” (Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1997, p.9).

Sí, la imagen del “laberinto” me parece especialmente acertada para describir la situación de la cultura en el mundo occidental, ahora que nos vamos adentrando en el nuevo milenio. Un “laberinto” en





el que vivir no es ya vivir, sino sobrevivir a la desesperación que produce no encontrar la salida.

Perdidos en los vericuetos del laberinto de nuestra civilización – de la que tan orgullosos nos mostramos a veces– nos afanamos en buscar a ciegas la salida.

Estoy convencido que la Universidad Católica tiene mucho que aportar para la causa del hombre y de la sociedad en esta situación.

I. Recorriendo el laberinto

Pero para poder entender bien y encuadrar correctamente la aportación que la Universidad Católica está llamada a dar, es necesario que nos preguntemos: ¿Cómo es que hemos llegado a esta situación? ¿Qué idea podemos tener del trazado del laberinto en que nos encontramos? Ciertamente, de la misma manera que el mítico laberinto de Creta, el de nuestros días tiene también un Dédalo que lo ha construido.

Juan Pablo II, en los más de 26 años de su Magisterio, ha ido delineando el trazado de este laberinto. Sin ánimo de presentar ahora una exposición completa sobre este tema, me limito a comentar algunos trazos que podemos encontrar en tres encíclicas fundamentales en las que desarrolla toda una temática antropológica. Me refiero a *Veritatis splendor*, publicada en 1993, *Evangelium vitae* en 1995 y *Fides et ratio* en 1998.

1. Abandono de la metafísica

En primer lugar, creo que en nuestro tiempo, caracterizado como periodo de rápidos y complejos cambios, *la búsqueda de la verdad última ha quedado frecuentemente oscurecida*. Las verdades “estables”, que el hombre estaba seguro de haber alcanzado y que eran auténticos puntos de referencia, son infravaloradas y dejadas de lado; entretanto se abre paso un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas (*Fides et ratio*, 5).

Así, podemos descubrir en nuestro ambiente cultural occidental una difundida desconfianza hacia las afirmaciones universales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es



el resultado del consenso y no ya de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva (*Fides et ratio*, 56).

Lógicamente con estos presupuestos no queda indemne el campo moral. La gran sensibilidad que el hombre contemporáneo muestra por la historicidad y por la cultura, lleva a algunos a dudar de la inmutabilidad de la misma ley natural y, por tanto, de la existencia de “*normas objetivas de moralidad*”, válidas para todos los hombres: de ayer, de hoy y de mañana (*Veritatis splendor*, 53).

¿Cómo es que hemos llegado hasta aquí? Podemos comprenderlo a partir de la filosofía moderna. Sin duda, ella tiene el gran mérito de haber concentrado su atención en el hombre y alcanzó con ello válidos frutos y logros, llegando a abarcar de alguna manera todas las ramas del saber.

Pero los resultados positivos no deben llevarnos a dejar a un lado el grave error que cometió la filosofía al dedicarse sólo a indagar de forma unilateral sobre el hombre como sujeto, olvidando que éste está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende.

Sin la trascendencia cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser dominado por la técnica.

La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, concentró su atención sobre el conocimiento humano; y en lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, prefirió destacar sus límites y condicionamientos.

¿Cuál fue el resultado? La caída en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general (*Fides et ratio*, 5).

2. La crisis del sentido

En segundo lugar, me parece que el fenómeno de la fragmentariedad del saber en el ámbito cultural hodierno hace difícil y, a menudo, vana *la búsqueda de un sentido*. Vivimos inmersos en medio de una baraunda de datos y de hechos que forman la trama de la existencia, por lo que muchos llegan a preguntarse si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido.



La pluralidad de las teorías que se disputan la respuesta a esta cuestión o los diversos modos de ver y de interpretar el mundo y la vida del hombre, no hacen más que agudizar esta duda radical, que fácilmente desemboca en un estado de escepticismo y de indiferencia o en las diversas manifestaciones del nihilismo. Ya no hay posibilidad alguna de alcanzar la meta de la verdad. La existencia humana es sólo una oportunidad para sensaciones y experiencias en las que lo efímero tiene la primacía. No hay lugar para asumir compromiso definitivo alguno, ya que todo es fugaz y provisional (*Fides et ratio*, 46).

La consecuencia de esto es que a menudo el espíritu humano está sujeto a una forma de pensamiento ambiguo, que lo lleva a encerrarse todavía más en sí mismo dentro de los límites de su propia inmanencia, sin ninguna referencia a lo trascendente (*Fides et ratio*, 81).

Así, para algunas corrientes de pensamiento “postmoderno”¹ el tiempo de las certezas ha pasado irremediamente; el hombre debería ya aprender a vivir en una perspectiva de carencia total de sentido, caracterizada por lo provisional y fugaz.

3. La separación entre la fe y la razón

Un tercer rasgo podría llamarse *la separación entre la fe y la razón*. A partir de la baja Edad Media, debido al excesivo espíritu racionalista de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas en el campo del saber, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma con respecto a los contenidos de la fe.

Lo que el pensamiento patrístico y medieval había concebido y realizado como una unidad profunda, generadora de un conocimiento

¹ El término “postmoderno”, utilizado frecuentemente en contextos muy diferentes unos de otros, designa la aparición de un conjunto de factores nuevos, que por su difusión y eficacia han sido capaces de determinar cambios significativos y duraderos. Así, el término se ha empleado primero a propósito de fenómenos de orden estético, social y tecnológico. Sucesivamente ha pasado al ámbito filosófico, quedando caracterizado no obstante por una cierta ambigüedad, tanto porque el juicio sobre lo que se llama “postmoderno” es unas veces positivo y otras negativo, como porque falta consenso sobre el delicado problema de la delimitación de las diferentes épocas históricas (*Fides et Ratio*, 91).



capaz de llegar a las formas más altas de la especulación, fue destruido por los sistemas que asumieron la posición de un conocimiento racional separado de la fe o alternativo a ella (*Fides et ratio*, 45).

Las radicalizaciones más influyentes son bien conocidas, sobre todo en la historia de Occidente. En el siglo XIX algunos representantes del idealismo intentaron, de diversos modos, transformar la fe y sus contenidos, incluso el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, por medio de estructuras dialécticas concebidas racionalmente.

A este pensamiento se añadieron diferentes formas de humanismo ateo, elaboradas filosóficamente, que presentaron la fe como nociva y alienante para el desarrollo de la plena racionalidad. No tuvieron reparo en presentarse como nuevas religiones, creando la base de proyectos que, en el plano político y social, desembocaron en sistemas totalitarios traumáticos para la humanidad.

Por otra parte, en el ámbito de la investigación científica se fue imponiendo una mentalidad positivista que no sólo se alejó de cualquier referencia a la visión cristiana del mundo, sino que olvidó toda relación con la visión metafísica y moral (*Fides et ratio*, 46).

4. Eclipse del sentido de Dios y del hombre

Al cuarto rasgo lo podríamos enunciar como *el eclipse del sentido de Dios y del sentido del hombre*. Augusto del Noce escribía en 1986: “En la sociedad presente se debería hablar de absolutización del momento económico, en el que tienden a desaparecer las nociones del bien y del mal y se sustituyen por las del éxito y el fracaso. *Se está formando la sociedad más desacralizada que la Historia haya conocido jamás*” (*L’ora di una nuova laicità*, Il Sabato, Roma, 25-X-86).

Y en efecto así es. El centro del drama vivido por el hombre contemporáneo está en el eclipse del sentido de Dios y del hombre. Perdiendo el sentido de Dios se tiende a perder también el sentido del hombre, de su dignidad y de su vida (*Evangelium vitae*, 21). El hombre queda amenazado y contaminado, como afirma el Concilio Vaticano II: “La criatura sin el Creador desaparece [...] Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida” (*Gaudium et spes*, 36). En realidad, viviendo “como si Dios no existiera”, el hombre pierde no sólo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser (*Evangelium vitae*, 22).

¿A dónde nos ha conducido este eclipse? A un materialismo práctico, en el que han proliferado el individualismo, el utilitarismo y el hedonismo. El único fin que cuenta es la consecución del propio bienestar material. La llamada “calidad de vida” se interpreta, principal o exclusivamente, como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas de la existencia. Hemos sustituido los valores del ser por los del tener (*Evangelium vitae*, 23).

5. Nueva mentalidad científica

Un quinto rasgo podría ser constituido por la nueva *mentalidad científica*. Los éxitos innegables de la investigación científica y de la tecnología han contribuido a difundir una nueva mentalidad científica, la cual continúa considerando sin sentido las afirmaciones de carácter metafísico; como lo hiciera en el pasado el positivismo y el neopositivismo. En esta perspectiva los valores quedan relegados a meros productos de la emotividad y la noción de ser es marginada para dar lugar a lo puro y simplemente fáctico.

La ciencia se prepara a dominar todos los aspectos de la existencia humana a través del progreso tecnológico. El hombre como demiurgo, podrá llegar por sí solo a conseguir el pleno dominio de su destino. Para este nuevo cientifismo la cuestión sobre el sentido de la vida es considerada como algo que pertenece al campo de lo irracional o de lo imaginario. Lo que es técnicamente realizable llega a ser por ello moralmente admisible (*Fides et ratio*, 88).

Sin embargo, la terrible experiencia del mal lleva, en esta mentalidad, hacia el nihilismo. La dramática experiencia de los males que continúan aquejando a la humanidad en el inicio del milenio, hacen añicos el optimismo racionalista que veía en la historia el avance victorioso de la razón y de la ciencia, fuente de felicidad y de libertad. La tentación de la desesperación está presente y muy a la mano (*Fides et ratio*, 91).

6. Un falso concepto de libertad

De modo muy semejante –y esto formaría el sexto rasgo– en algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a exaltar *la libertad* hasta el extremo de considerarla *como un absoluto*, el cual

sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas.

Se han atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema del juicio moral. Al presupuesto de que se debe seguir la propia conciencia se ha añadido, indebidamente, la afirmación de que el juicio moral es verdadero por el hecho mismo de que proviene de la conciencia.

De este modo, ha desaparecido la necesaria exigencia de verdad en aras de un criterio de sinceridad, de autenticidad, de “acuerdo con uno mismo”, de tal forma que se ha llegado a una concepción radicalmente subjetivista del juicio moral. Se ha llegado a una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás (*Veritatis splendor*, 32).

Pero lamentablemente, una vez que se ha quitado la verdad al hombre, es pura ilusión pretender hacerlo libre. Verdad y libertad, o bien van juntas o juntas parecen miserablemente (*Fides et ratio*, 90).

Cuando la libertad es absolutizada en clave individualista, se vacía de su contenido original y se contradice en su misma vocación y dignidad.

Cada vez que la libertad, queriendo emanciparse de cualquier tradición y autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, la persona acaba por asumir como única e indiscutible referencia para sus propias decisiones no ya la verdad sobre el bien o el mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho (*Evangelium vitae*, 19).

7. El riesgo de alianza entre democracia y relativismo ético

Finalmente, un último rasgo: *el riesgo de establecer una alianza entre “democracia” y “relativismo ético”*.

En el campo social se ha ido afirmando, por una parte, un concepto de democracia que no contempla la referencia a fundamentos de orden axiológico y por tanto inmutables. La admisibilidad o no de un determinado comportamiento se decide con el voto de la mayoría parlamentaria. Las consecuencias de semejante planteamiento son evidentes: las grandes decisiones morales del hombre se subordinan, de hecho, a las deliberaciones tomadas cada vez por los órganos institucionales (*Fides et ratio*, 89).



La vida social se está adentrando, por otra parte, en las arenas movedizas de un relativismo absoluto, en el que todo es pactable, todo es negociable: incluso, el primero de los derechos fundamentales, el de la vida. Este relativismo ético es la raíz común de las tendencias que caracterizan muchos aspectos de la cultura contemporánea.

Algunos llegan a afirmar falazmente que esto es la condición necesaria de la democracia, ya que sólo esto garantiza la tolerancia, el respeto recíproco entre las personas y la adhesión a las decisiones de la mayoría, mientras que las normas morales, consideradas objetivas y vinculantes, llevan al autoritarismo y a la intolerancia (*Evangelium vitae*, 70).

No deja de resultar sorprendente y paradójico que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza son considerados como poco fiables desde el punto de vista democrático, porque no sostienen que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos (*Centesimus annus*, 46).

En realidad, no podemos mitificar la democracia, convirtiéndola en un sucedáneo de la moralidad o en una panacea de la inmoralidad. La democracia es un instrumento y no un fin. Su carácter “moral” no es automático, sino que depende de su conformidad con la ley moral a la que, como cualquier otro comportamiento humano, debe someterse. Por tanto, depende de la moralidad de los fines que persigue y de los medios de que se sirve.

Su valor se mantiene o cae según los valores que encarna y promueve; y en la base de esos valores no pueden estar provisionales y volubles “mayorías” de opinión, sino sólo el reconocimiento de una ley moral objetiva que sea punto de referencia normativa de la misma ley civil (*Evangelium vitae*, 70).

Si en la democracia no existen verdades y principios últimos que guíen y orienten la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. De este modo la democracia se precipita por la pendiente que le lleva al totalitarismo (*Veritatis splendor*, 101; *Evangelium vitae*, 20).

8. Punto de llegada final

A modo de conclusión de cuanto he dicho, me gustaría ahora esbozar las líneas de la figura dibujada por estos distintos rasgos, como punto de llegada final.





a. En primer lugar, creo que podemos sospechar que nos encontramos ante una profunda crisis de la cultura, la cual engendra escepticismo en los fundamentos mismos del saber y de la ética, haciendo cada vez más difícil ver con claridad el sentido del hombre, de sus derechos y de sus deberes (*Evangelium vitae*, 11).

Hay factores que evidencian la crisis cultural de Occidente: la sustitución

- de la verdad por la verificación,
- de la bondad por la utilidad,
- de la belleza por la sensualidad,
- de la unidad por la fragmentariedad.

b. En segundo lugar, estimo que es posible constatar este hecho: la pérdida de contacto con la verdad objetiva ha llevado al ser humano a la pérdida de fundamento de su dignidad. De este modo se hace posible borrar de su rostro los rasgos que manifiestan su semejanza con Dios, para llevarlo progresivamente a una destructiva voluntad de poder o a la desesperación de la soledad (*Fides et ratio*, 90).

c. En tercer lugar, me parece que la pregunta que hizo un día Pilato hoy se está repitiendo: “¿Qué es la verdad?”. Esta pregunta emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que, a menudo, ya no sabe quién es, de dónde viene, ni adónde va (*Veritatis splendor*, 84).

d. En cuarto lugar, siento que el ser humano, hoy, se muestra paradójico y contradictorio. Después de que ha descubierto la idea de los “derechos humanos” –como derechos inherentes a cada persona y previos a toda Constitución y legislación de los Estados– incurre en una sorprendente contradicción: justo en una época en la que se proclaman solemnemente los derechos inviolables de la persona y se afirma públicamente el valor de la vida, el derecho mismo a la vida queda prácticamente negado y conculcado, en particular en los momentos más emblemáticos de la existencia, como son el nacimiento y la muerte (*Evangelium vitae*, 18).

e. En quinto lugar, creo que nos sentimos en grado de poder descalificar a Francis Fukuyama, profesor norteamericano de origen ja-





ponés, quien había creído que *con el capitalismo como sistema económico y con la democracia liberal como sistema político, había llegado, nada menos, que el 'final de la historia', y había aparecido 'el último hombre'* (*The End of History and the last Man*, 1992). En el neoliberalismo capitalista habría hallado el hombre, al fin, la liberación y la satisfacción de todas sus aspiraciones.

Al contrario, dejando a un lado este optimismo idealista, vemos hoy al ser humano amenazado individual y socialmente. A las tradicionales y dolorosas plagas del hambre, las enfermedades endémicas, la violencia y las guerras, se añaden otras con nuevas facetas y dimensiones inquietantes. Estamos ante una objetiva “conjura contra la vida”, que ve implicadas, incluso, a instituciones internacionales, y que utiliza con frecuencia a los medios de comunicación social que se convierten en cómplices de esta conjura, creando en la opinión pública una cultura de muerte que presenta el recurso a la anticoncepción, la esterilización, el aborto y la misma eutanasia como un signo de progreso y conquista de libertad (*Evangelium vitae*, 3 y 17).

Algunas experiencias de la humanidad, singularmente en el siglo pasado, han convertido el sueño ilustrado de la humanidad en pesadilla. El hombre se sabe amenazado por su poder, y esa amenaza, que es real, nos hace caer en la cuenta de la ambivalencia de la técnica.

f. En sexto lugar, es quizás posible comprender que una civilización con perfil puramente materialista está condenando al hombre a la esclavitud. Esta civilización materialista, no obstante sus declaraciones “humanísticas”, acepta la primacía de las cosas sobre la persona humana. La mera categoría del “progreso” económico se convierte en una categoría superior que subordina el conjunto de la existencia humana a sus exigencias parciales, sofoca al hombre, disgrega la sociedad y acaba por ahogarlo en sus propias tensiones y en sus mismos excesos (*Redemptor hominis*, 16).

A la luz de todo lo anterior, qué apropiada aparece para nuestra situación actual la advertencia de San Pablo a Timoteo: “Vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se buscarán una multitud de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas.!” (2 *Tim*, 4, 1-5).



II. La Universidad Católica indica la salida del laberinto

¿Cómo hallar la salida del laberinto en que nos encontramos? ¿Quién indicará el camino con el hilo de Ariadna? Está aquí el papel fundamental que la Universidad Católica debe desempeñar como servicio a la persona humana y a la sociedad.

La identidad y misión de la Universidad Católica está claramente descrita en la Constitución Apostólica “*Ex corde Ecclesiae*” promulgada por el Papa Juan Pablo II el 15 de agosto de 1990.

Es significativo señalar que el título de este documento pontificio recoge muy bien el espíritu que lo anima, porque es perfectamente demostrable desde los orígenes de la institución universitaria hasta nuestros días,² y a pesar de las vicisitudes históricas, una vinculación estrecha entre la Iglesia y la Universidad, que ha dado lugar a una fecunda tradición intelectual universitaria católica. Por eso, Juan Pablo II pudo escoger como título “*Ex corde Ecclesiae*”, pues, efectiva-

² Como es sabido, durante la Edad Media, la Iglesia creó en Occidente escuelas junto a las catedrales y las comunidades monásticas. (Laon, Chartres, Tours, Saint Victor...). Estas escuelas son consideradas los inmediatos predecesores de las grandes Universidades de los Siglos XII y XIII, que surgirán en Bolonia, Padua, París, Oxford, Coimbra, Salamanca...; alrededor del año 1400, existían 64 universidades, todas ellas establecidas o por autoridad papal o con aprobación pontificia posterior a su fundación imperial.

Más tarde vino la creación de universidades nuevas en Europa y en el Nuevo Mundo. Concretamente en el continente latino-americano, durante el período que va de 1538 al 1826, se fundaron 33 universidades o centros de estudios superiores, unas veces por la Colonia y otras por las Ordenes religiosas, principalmente los jesuitas y los dominicos: en 1538 se fundó la universidad de Santo Domingo; en 1553 la de México; en 1555 la de San Marcos en Lima.

Cuando en 1767 aconteció la expulsión de los jesuitas de los reinos de España y Portugal, se inició un proceso de progresivo desalojamiento de la Iglesia de los campos de la educación, incrementado luego con el logro de la independencia de las nuevas naciones. Entonces la Universidad se orientó por el modelo napoleónico que proponía un sistema de educación nacional correspondiente a las necesidades de cada Estado. Se promovieron, así, de manera especial las carreras al servicio de la sociedad y de la administración pública, en cuyo contexto el insigne patriota, pensador y poeta latinoamericano Andrés Bello pudo formular la idea de universidad como “universidad de abogados”. Tal espíritu de servicio a la nación, unido a un pensamiento inspirado en el positivismo, y, con frecuencia, en un sentimiento antieclesiástico configuró importantes Universidades, como la de Buenos Aires en 1821, la Universidad Central del Ecuador, y la Universidad de México en 1910.

mente, la universidad ha brotado del corazón y permanece en el corazón de la Iglesia.

1. Identidad católica

Podrá parecer un tópico decirlo, pero el objetivo fundamental de una Universidad Católica es el de ser, a la vez y al mismo tiempo, “Universidad” y “Católica”. No existe oposición alguna, sino armonía y complementariedad entre los dos términos porque el primer objetivo de la universidad es la investigación y la afirmación de la verdad. La Universidad Católica, en cuanto católica, está enriquecida por una dimensión más amplia, en cuanto que busca la verdad completa, que procede de Cristo, Verbo encarnado.

“Por su carácter católico, la Universidad goza de una mayor capacidad para la búsqueda desinteresada de la verdad; búsqueda, que no está subordinada ni condicionada por intereses particulares de ningún género” (*Ex corde Ecclesiae*, 7).

La Universidad Católica, en cuanto Universidad, no quita nada sino que potencia ese esfuerzo riguroso y crítico con el que toda comunidad académica sería contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales (*Ex corde Ecclesiae*, 12).

El carácter católico asegura de modo institucional la *presencia cristiana* en el mundo cultural universitario. La constitución apostólica “*Ex corde Ecclesiae*” expone las características esenciales de la identidad católica de la Universidad en cuatro puntos:

- 1) Una inspiración cristiana de parte no sólo de cada uno, sino también de la Comunidad universitaria como tal; (por tanto, abarca no sólo la dimensión personal sino también la institucional);
- 2) una incesante reflexión, a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del conocimiento humano, al que busca ofrecer una contribución con las propias investigaciones;
- 3) la fidelidad al mensaje cristiano tal como lo presenta la Iglesia;
- 4) el compromiso institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia el objetivo trascendente que da significado a la vida (*Ex corde Ecclesiae*, 13).

2. Algunas tareas específicas de la misión de la Universidad Católica

Desde estas perspectivas, haré ahora algunas consideraciones en torno a las tareas específicas de la misión de la Universidad Católica.

a. Integración del saber

Hoy, a causa de la fragmentación de la ciencia humana provocada por la moderna especialización, se percibe agudamente en todas partes la necesidad de integrar las diversas ramas del saber. Aunque esta especialización es particularmente característica de las disciplinas científicas, existe también en las ciencias humanas.

En las Universidades Católicas debe darse una viva preocupación por lograr la integración del saber, la cual se proyecte no sólo a nivel horizontal sino, también, a nivel vertical y trascendente. Es decir, la Universidad Católica, con la asistencia de la filosofía y de la teología, es un lugar idóneo para ir a la raíz de los problemas y responder a las cuestiones urgentes y a los desafíos de hoy con una visión integral del ser humano y con la preocupación por la promoción del bien genuino del hombre y de la sociedad.

Esta aportación de la Universidad Católica es de un valor inestimable para la condición del ser humano. Dice, efectivamente, Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*: “El hombre es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber. Éste es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del próximo milenio de la era cristiana. El aspecto sectorial del saber, en la medida en que comporta un acercamiento parcial a la verdad con la consiguiente fragmentación del sentido, impide la unidad interior del hombre contemporáneo” (85).

b. Diálogo entre fe y razón

Otro problema es el diálogo entre la fe y la razón. Precisamente a través de la promoción de la integración del saber, la Universidad Católica se empeña a fondo en este diálogo mostrando cómo la fe y la razón se encuentran en la única verdad.

Este diálogo evidencia que la investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científicamente



ca y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, “porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios” (*Gaudium et spes*, 36; cf. *Ex corde Ecclesiae*, 17).

Este diálogo es particularmente fecundo y enriquecedor tanto para la fe como para la razón: la fe, con sus contenidos teológicos, ofrece a todas las otras disciplinas del saber una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías, y una ayuda para examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad. La inspiración cristiana permite incluir en la investigación y búsqueda “la dimensión moral, espiritual y religiosa y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana” (*Ex corde Ecclesiae*, 7).

Por su parte, la fe recibe de los hallazgos de las otras disciplinas del saber un enriquecimiento que la lleva a una mayor comprensión del mundo de hoy y hace que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales (*Ex corde Ecclesiae*, 19).

c. La preocupación ética

En tercer lugar, *la preocupación ética* debe caracterizar a la Universidad Católica.

Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una Universidad Católica la investigación se realiza siempre con la preocupación por las implicaciones éticas y morales, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos.

Preocupación que es particularmente urgente hoy en el campo de la investigación científica y tecnológica, pues en el momento actual de la humanidad, como dijo Juan Pablo II en la UNESCO en 1980, “es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente si el saber está unido a la conciencia, servirá a la causa del hombre. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre” (*Ex corde Ecclesiae*, 18).

d. Diálogo cultural

Finalmente, digamos también una palabra sobre un tema que reviste importancia singular: *el diálogo cultural*.





Ha sido observado justamente que el diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es el sector vital, en el que se juega mayormente el destino de la Iglesia y del mundo en la hora presente. “Si es verdad que el Evangelio no puede ser identificado con la cultura, antes bien trasciende todas las culturas, también es cierto que –como ha anotado el papa Pablo VI– el Reino anunciado por el Evangelio es vivido por personas profundamente vinculadas a una cultura, y la construcción del Reino no puede dejar de servirse de ciertos elementos de la cultura o de las culturas humanas” (*Ex corde Ecclesiae*, 44).

En efecto, precisamente aquí en Medellín, en 1986, Juan Pablo II dijo: “Una fe que se colocara al margen de todo lo que es humano, y por lo tanto de todo lo que es cultura, sería una fe que no refleja la plenitud de lo que la palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, peor todavía, una fe en proceso de autoanulación” (*Palabras dirigidas a los intelectuales, estudiantes y personal universitario en Medellín*, 5 de julio de 1986, n. 3). Estas importantes palabras, pronunciadas en esta bella ciudad, han merecido, incluso, encontrar un lugar dentro del texto de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, n. 44.

En este diálogo con las culturas la Iglesia pone en resalto sobre todo los elementos que determinan el valor de una cultura, o sea “en primer lugar, *el significado de la persona humana*, su libertad, su dignidad, *su sentido de la responsabilidad* y su apertura a la trascendencia. Con el respeto a la persona está relacionado *el valor eminente de la familia*, célula primaria de toda cultura humana (*Ex corde Ecclesiae*, 45).

Por tanto, defendiendo “la identidad de las culturas tradicionales”, la Iglesia debe ayudarles a incorporar los valores verdaderos “sin sacrificar el propio patrimonio, que es una riqueza para toda la familia humana” (*ibidem*).

Es, pues, difícil no comprender que “la Universidad Católica es el lugar primario y privilegiado para un fructuoso diálogo entre el Evangelio y la cultura” (*ibidem*, 43). En consecuencia, la *Ex corde Ecclesiae* proclama: “La Universidad Católica debe estar cada vez más atenta a las culturas del mundo de hoy, así como a las diversas tradiciones culturales existentes dentro de la Iglesia, con el fin de promover un constante y provechoso diálogo entre el Evangelio y la sociedad actual” (*ibidem*, 45).





En esta perspectiva, pues, un campo especialmente importante para la Universidad Católica debe ser el diálogo entre el pensamiento cristiano y las ciencias modernas; campo en el que el investigador cristiano deberá mostrar cómo la inteligencia humana se enriquece con esa verdad superior que deriva del Evangelio (*Ex corde Ecclesiae*, 46).

Conclusión: Universidad Católica ¡Sé lo que debes ser!

Podemos así hacer ya nuestra conclusión final.

Hemos visto cómo el hombre moderno, confiado en exceso en sí mismo por los logros obtenidos, ha creído que se basta a sí mismo. Como consecuencia de esto, el Occidente actual queda marcado por el giro antropocéntrico de su cultura que, en cierta medida, se ve corroborado por el éxito inmediato de la ciencia y de la técnica.

Pero hemos visto también cómo, debido a su carácter limitado, el método científico no es apto para llegar a lo más profundo de la realidad, a la esencia de las cosas y a sus causas últimas. Así la cosmovisión moderna ha quedado prisionera en lo superficial, profesando agnosticismo sobre cuanto está más allá de lo fenoménico; es decir, sobre todo lo que no es demostrable.

¿Quién nos ayudará, nos hemos preguntado, a encontrar el hilo de Ariadna para salir de este laberinto? ¿Podemos hallar la salida?

Un amplio sector de la cultura contemporánea ha desistido y se prepara para instalarse en el laberinto lo más cómodamente posible, o, en realidad será más acertado decir, lo menos dolorosamente posible.

Sobre todo, hemos querido afirmar que corresponde a la Universidad Católica, en esta encrucijada de la historia, mostrar la salida de esta situación. La Universidad Católica constituye, sin duda alguna, uno de los mejores instrumentos que la Iglesia ofrece a nuestra época que está en busca de certeza y sabiduría (*Ex corde Ecclesiae*, 10).

Mediante la enseñanza de sus aulas y la investigación de sus profesores y diversos Institutos la Universidad Católica presta una indispensable contribución a la Iglesia, poniendo en sus manos los resultados de sus esfuerzos científicos que le ayudarán a ella a dar respuesta a los problemas y exigencias de la sociedad humana en cada época (*Ex corde Ecclesiae*, 31).





Qué apropiadas aparecen y con cuánta más razón las palabras del filósofo español Ortega y Gasset sobre la función y vocación de la cultura en general, si las aplicamos a esa cultura cristiana que debe forjarse y emanar de la Universidad Católica: “La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva ‘vías’, ‘caminos’; es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento” (*Misión de la Universidad*, en *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1947, vol.VI, p.321).

Querida Comunidad Universitaria: como Universidad Católica están llamados a ser instrumento, cada vez más eficaz, del progreso cultural auténtico de este país, tanto para las personas individuales como para la sociedad.

Que su seria y responsable dedicación al trabajo intelectual se oriente a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas.

Si es necesario, y sin miedos ni complejos, tengan la valentía de expresar también las verdades incómodas, las que no halagan a la opinión pública, pero que son tan necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad (*Ex corde Ecclesiae*, 32).

Recuperemos la utilería metafísica para salir de este laberinto actual. Devolvamos al hombre de hoy la plena dignidad de su condición de persona humana. Aquí radica toda la problemática, teórica y práctica, acerca de la cultura y del humanismo. La verdadera aporía en que se encuentra hoy la humanidad está en el concepto de persona, en la antropología, dentro de la cual hay que afirmar, como lo hacía el entonces Cardinal Ratzinger, que: “La destrucción de la Trascendencia, es la mutilación radical del hombre, de la que brotan todas sus frustraciones” (Joseph Ratzinger, *Iglesia, Ecumenismo y Política*, Madrid, 1987, 231).

Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distinga por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Por su



humanismo universal se dedique por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema que es Dios (*Ex corde Ecclesiae*, 4).

En el mensaje de Jesucristo tenemos la verdad plena sobre el hombre y la sociedad, la cual ilumina y orienta nuestro trabajo. Difundámoslo como luz que disipe las tinieblas de tantas mentes que navegan hoy a la deriva en el mar de la cultura.

Si el Capitalismo, como creador de humanismo, está fracasando, al interesarse por el hombre sólo en cuanto productor y consumidor; si la sola razón, como medio único de progreso cultural humano, está igualmente fracasando, queda planteado y abierto el reto para la Universidad Católica de generar una cultura que brote del hontanar fecundo del amor. Este es el proyecto proclamado en el Evangelio y, por eso, la tarea más esperanzadora de la Iglesia y de la Universidad Católica en el Tercer Milenio es educar en el amor y difundir el amor.

Sabemos que no hay soluciones radicales vertiginosas. La vía de solución es a largo plazo y pasa por la educación y la cultura. Sabemos que las sociedades no se transforman por la revolución impaciente sino por la educación paciente.

Por eso, la *Ex corde Ecclesiae* nos asegura que “Las Comunidades universitarias de los distintos continentes [...] son [...] el signo vivo y prometedor de la fecundidad de la inteligencia cristiana en el corazón de cada cultura. Ellas dan una fundada esperanza de un nuevo florecimiento de la cultura cristiana en el contexto múltiple y rico de nuestro tiempo cambiante, el cual se encuentra ciertamente frente a serios retos, pero también es portador de grandes promesas bajo la acción del Espíritu de verdad y de amor” (*Ex corde Ecclesiae*, 2).

Y así es evidente también que el futuro de la Universidad Católica depende en grandísima parte del empeño competente y generoso del laicado católico (*Ex corde Ecclesiae*, 25). Por ello, al finalizar estas palabras me permito presentar a Ustedes, a todos en conjunto y a cada uno en particular, una petición y expresarles, a la vez, un deseo lleno de esperanza: ¡Universidad Católica, sé lo que debes ser!.

SANTO TOMÁS DE AQUINO Y LA VOCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

PAUL CARDENAL POUPARD

1. Tengo el inmenso placer de compartir con ustedes este encuentro en la Pontificia Universidad Católica Argentina de Santa María de los Buenos Aires. El antiguo estudiante, capellán y rector universitario, viene hoy a esta universidad para rendir junto con ustedes un homenaje al pensamiento del Doctor Angélico. Aquí se respira el espíritu del Aquinate, gracias a la labor de Mons. Octavio Nicolás Derisi, su primer rector y alma de esta Universidad, a quien conocí en los encuentros internacionales de rectores de la Federación Internacional de Universidades Católicas.

Quisiera reflexionar con ustedes, de la mano de Santo Tomás y guiados por su perenne magisterio acerca del quehacer universitario y, por ende, acerca de la misión de la universidad católica en los comienzos de un nuevo milenio. Santo Tomás, maestro de sabiduría, nos ha legado el arte de hacer las preguntas pertinentes. Hablando de universidad, la pregunta no es *cómo* ha de funcionar mejor la Universidad Católica Argentina, sino *qué* ha de ser. Es necesario partir de la pregunta esencial, la pregunta por el *telos*, el fin de la universidad; sólo una vez respondida esta pregunta será posible resolver los problemas derivados de su funcionamiento. Permítanme, pues, ahora, sentado como ustedes en la escuela de este gran Maestro, compartir estas reflexiones, que les ofrezco con toda sencillez y afecto, desde la altura que ofrecen los años y desde el privilegiado observatorio que representa el Consejo Pontificio de la Cultura.

2. Puesto que tuve el honor de ser durante diez años rector del Instituto Católico de París, heredero de la tradición de la Sorbona en

la que enseñó Santo Tomás, quisiera introducir nuestra consideración acerca de la misión de la Universidad Católica a partir del discurso pronunciado allí por Juan Pablo II el primero de junio de 1980. Como Rector de aquella Universidad, me correspondió el singular honor de acoger a Juan Pablo II. No corrían tiempos fáciles para la Universidad Católica, acosada por la indiferencia de los gobiernos y por la contestación interna. Muchos católicos comprometidos, acaso de buena fe, no sólo criticaban algunos aspectos de las universidades católicas, su elitismo o su alejamiento de la realidad, sino que algunos llegaban incluso a negar su misma posibilidad de existencia. La Iglesia, se decía, debía renunciar a sus universidades y colegios católicos y vivir sencillamente en la cultura de los hombres de su tiempo, sin privilegios ni ghettos. En aquella encrucijada, la visita del Papa significaba un espaldarazo a la acción humanizadora de la Iglesia en el campo de la enseñanza, en el que había sido pionera durante siglos, y en particular, una apuesta por la universidad católica. Las esclarecedoras palabras que pronunció entonces, y que quiso después recoger en la Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas *Ex Corde Ecclesiae*, la *Charta Magna* de las Universidades Católicas, aún resuenan en mi memoria:

Por su vocación la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparte con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. Su tarea privilegiada es la de “unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”.¹

3. La Universidad Católica –decía el Papa– realiza en sí misma la síntesis entre la fe y la razón en fidelidad a su la doble identidad: universidad y católica. No se trata de dos conceptos extraños, ni mucho menos incompatibles, como si sólo forzosamente pudieran darse juntos. Basta mirar a la historia para apercibirse de que la Universi-

¹ Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (15-8-1990) n.1.



dad, tal y como la conocemos hoy, ha nacido *ex corde Ecclesiae*, del corazón de la Iglesia. En efecto, la existencia de la universidad católica debe su origen último al ejercicio del *munus docendi*, la misión de enseñar que la Iglesia ha recibido de Cristo mismo: vayan y hagan discípulos, enseñando a guardar cuanto yo les he mandado (cfr. Mt 28,19-20). La Iglesia ha concebido siempre esta misión desde la perspectiva integral de la persona. Porque no se trataba únicamente de transmitir ideas, meros conocimientos que quedan fuera del hombre, sino de formar la persona según el modelo del hombre nuevo, que es Jesucristo: “para llegar al conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13).

Por ello no faltaron desde los primeros tiempos de la expansión del cristianismo diversos intentos de dar vida a una escuela en la que el saber humano y la transmisión del Evangelio fueran de la mano. Y aunque la aceptación de las ciencias profanas no siempre fue pacífica, —ya Tertuliano se preguntaba qué tenía que ver Atenas con Jerusalén— prevaleció siempre el criterio integrador. Así, San Justino abre en Roma la primera escuela filosófica cristiana, donde imparte a quienes quieran acercarse la verdadera filosofía, la que el Verbo vino a enseñar a los hombres. Años después, la Escuela Catequética de Alejandría se convierte en realidad en una verdadera Universidad Católica *ante litteram*, donde el objetivo no era sólo la iniciación a los misterios del cristianismo, que en realidad tenía lugar en las catequesis mistagógicas, cuanto una presentación razonable de la fe, capaz de responder a los interrogantes y desafíos que la cultura del tiempo planteaba a la Iglesia. Posteriormente, en la Edad Media, las escuelas monásticas y catedrales evolucionaron naturalmente hacia la configuración de la Universidad, en una búsqueda de mayor autonomía y de la visión integral del saber —*universitas studiorum*—, en una estrecha relación humana entre alumnos y profesores —*universitas alumnorum et magistrorum*—, notas que definen esencialmente la universidad.² De ahí la hermosa definición con que la *Ley de las Partidas* del rey castellano Alfonso X el sabio define la Universidad: “ayuntamiento de profesores y estudiantes por el saber”.

² Cfr. P. Poupard, *Iglesia y culturas. Orientaciones para una pastoral de la inteligencia*, Edicep, Valencia-México, 1998, cap. II, “La Universidad, la Iglesia y el Estado”, pp. 35-41.





4. Esta búsqueda del saber se realiza en la Universidad Católica, según las palabras del Papa antes citadas, en una tensión armónica entre dos polos que podrían parecer antitéticos: la búsqueda del saber –universidad– y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad –católica–. Como Universidad se vincula a la comunidad internacional del saber, el gremio de hombres y mujeres de todo el mundo que han hecho del saber su profesión de vida –no en vano quien enseña en la universidad recibe el título de profesor, aquel que ha hecho profesión de algo–. Por la segunda, en cambio, muestra su explícita vinculación a la Iglesia, local y universal, sin avergonzarse del Evangelio ni renegar ante la comunidad universitaria de su procedencia.

Estas dos vocaciones podrían parecer difícilmente conciliables. ¿Qué sentido tiene investigar, si ya se conoce la respuesta a lo que se investiga? Y sobre todo, ¿qué libertad puede haber para investigación si en definitiva hay en la Iglesia una autoridad a quien corresponde enseñar la verdad? Este temor de muchos de nuestros contemporáneos puede nacer de una inadecuada percepción de la autonomía de las realidades terrenas, que el Concilio Vaticano II sancionó en uno de los más bellos y audaces pasajes de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. En efecto, según el Concilio,

la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios (*ibid.*).

Es precisamente el reconocimiento de la bondad del orden creado de las cosas lo que permite a la Iglesia defender la existencia de una Universidad Católica. Evocando la figura de Santo Tomás, Chesterton decía que “nadie logrará entender la filosofía tomista, o la católica, sin darse antes plena cuenta de que su parte fundamental es el elogio de la vida, el elogio del ser, el elogio de Dios como creador del mundo”³.

De ahí que las notas de su doble vocación –universitaria y católica– no puedan nunca oponerse como antitéticas. Diremos más aún:

³ G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, Espasa-Calpe, Madrid, 1948, p. 94.





su relación no puede ser extrínseca, como si la fe viniera a ser simplemente un complemento que viene a añadirse desde fuera a una realidad que ya está completa en sí misma, y que podría perfectamente prescindir de la fe. No: si Jesucristo es la plenitud de la revelación, si es verdad, como dice de nuevo el Concilio, que “Cristo nuestro Señor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et spes*, 22), entonces el modelo auténtico de lo humano, en todas sus dimensiones, se halla en la fe. La visión que ofrece la fe será siempre la culminación del saber, el conocimiento superior que desborda, mas no anula, el conocimiento humano.

5. Fiel a esta vocación originaria, la Universidad Católica ha de evitar la tentación de adaptarse servilmente a las exigencias del mercado y transformarse simplemente en una escuela profesional de alto nivel. La Universidad no puede reducirse a una fábrica de titulados, ni ha de regirse sólo por criterios de eficiencia y rendimiento económico, por muy necesarios que estos sean. Sus alumnos no pueden ser calificados de “jóvenes profesionales”, como pomposamente proclama la publicidad de algunas universidades, buscando arrancar clientes a la competencia. Quienes en ella enseñan no son funcionarios, sino profesores, es decir, aquellos que han hecho profesión de consagrarse al estudio de la verdad. El objetivo de la Universidad no es únicamente conseguir la inserción en el mercado de trabajo, sino antes y sobre todo, la búsqueda de la verdad, en esa relación única que se establece entre el maestro y el alumno, verdadera comunión de vida, “ayuntamiento”, en las palabras del rey sabio. Decir Universidad es decir universalidad en el saber, la pasión por el conocimiento en toda su extensión, de la que participan todas las facultades, para superar la fragmentación de saberes en que tiende a encerrarse el conocimiento.

6. Así pues, la misión propia de la universidad, y principalmente de la Universidad Católica, es la “diakonía de la verdad”, el servicio apasionado a la verdad⁴. Para la Universidad Católica, ésta es su

⁴ Cfr. P. Poupard, *Buscar la verdad en la cultura contemporánea*, Ciudad Nueva, Santiago, 1995.



manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene “la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada ... y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe”⁵.

Colocar en el primer puesto el servicio a la verdad no es una simple cuestión metodológica; es una opción grávida de consecuencias. Significa colocar en el centro de la comunidad universitaria a la persona humana, dotada de capacidad racional y de voluntad libre, que es quien experimenta el gozo por la verdad, y el inagotable deseo humano de encontrar el esplendor de la belleza, la perfección y gloria de la obra y de su artífice. Esta visión conlleva al mismo tiempo el horror a la mentira y a la impostura, el vivo deseo de evitar todo sofisma y de aprisionar la verdad en la injusticia, como previene San Pablo. Preferir la verdad a la mentira no es solamente un acto propio de la capacidad cognoscitiva del intelecto humano, sino también un acto propio de la libertad que busca el bien, y con ello, la realización plena del sentido de la existencia.

Hablar de verdad en la cultura contemporánea constituye una provocación y un desafío. Los hombres de nuestro tiempo desconfían de quienes parecen sentirse muy seguros de la verdad, secuestrada a menudo por los políticos para sus intereses. La pregunta de Pilatos –¿qué es la verdad?– parece haberse convertido en el distintivo de nuestro tiempo. No sabemos, se nos dice, si existe una verdad, ni tampoco si es posible conocerla. Y se nos invita a desconfiar de la personas que se sienten muy seguras de la verdad, que es una palabra demasiado fuerte para nuestros oídos educados en el pensamiento débil.

Por el contrario, la “diakonía de la verdad” significa el compromiso de no contentarse con verdades parciales, fragmentarias y dispersas, establecer permanentemente el paso del fenómeno al fundamento (*Fides et Ratio*, 83), de las cosas a las causas, sin darse tregua en esta búsqueda de la verdad. Nietzsche definía el nihilismo como la falta de la finalidad, de la pregunta por el por qué. Debemos reconocer que vivimos en un ambiente intelectual enraizado por el nihilismo que ha renunciado al gozo por la verdad, y por ello, expuesto a la tentación de un uso instrumental y pragmá-

⁵ Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, 4.



tico de la verdad. No hay mayor forma de corrupción que la intelectual, que consiste en aprisionar la verdad en la injusticia y llamar mal al bien.

7. Naturalmente, el servicio a la verdad no excluye, sino que fomenta la tarea de estudiar los graves problemas contemporáneos y de elaborar proyectos de solución que concreten los valores religiosos y éticos propios de una visión cristiana del hombre⁶. Dicho de otro modo, la diakonía de la verdad exige que la Universidad Católica sea pionera en la investigación en todas las disciplinas que se imparten en ella. Seminarios, laboratorios, publicaciones, el fomento de la creatividad y el espíritu crítico, el deseo de mejorar, deben formar parte del acervo de valores propios de una universidad católica, que no puede limitarse a vivir de lo que se investiga en otras partes. Está llamada a ofrecer una contribución original a la luz de su visión del hombre. Y si es cierto que no hay una matemática cristiana ni una física cristiana, no lo es menos que en todos los campos, la fe ha sido un poderoso incentivo para la investigación. Y cuando se trata de la aplicación de la ciencia mediante la técnica a la realidad, la visión cristiana del hombre no puede dejar de influir en la búsqueda de soluciones que tengan en cuenta el hombre integral o, según la expresión de Pablo VI en *Populorum Progressio*: todo el hombre y todos los hombres⁷.

8. Consecuentemente, la universidad católica tiene su nota característica en la primacía de la formación integral de la persona sobre la capacitación laboral. Esta formación integral recibía, en tiempos de santo Tomás, el nombre de *sapientia*, es decir, aquella forma superior de conocimiento en la que se integran los distintos saberes. Esta *sapientia* indica, ante todo, una mayor interdisciplinariedad. Con frecuencia, tenemos que constatar un lamentable alejamiento entre facultades de una misma universidad, que a menudo ignoran lo que hacen los departamentos vecinos. Cuando era rector solía decir bromeando que parecía como si el rector fuera el único que sabía que en

⁶ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA—CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS—CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*, Ciudad del Vaticano, 1994, 15.

⁷ “Para ser auténtico, el desarrollo ha de ser integral, es decir, debe promover a todos los hombres y a todo el hombre”, Pablo VI, *Populorum Progressio*, n.14.



el *Institut Catholique* había una facultad de ingeniería junto a la de teología o filosofía.

La Universidad es un lugar privilegiado para ampliar los horizontes abriéndose a la totalidad del saber humano. Acaso no estuviera tan equivocada aquella universidad inglesa que exigía a sus alumnos obtener un diploma en humanidades antes de comenzar los estudios de Medicina. El estudio de las humanidades no podrá ser nunca un estorbo, porque en definitiva no es sino el estudio del hombre, tal y como lo ha descrito la literatura, lo ha reflejado el arte, se ha pensado a sí mismo en la reflexión filosófica y se conoce en su andadura histórica. Tal era la idea del Cardenal Newman. Para él, la universidad, antes que enseñar artes liberales, —como se denominaban las especialidades en la antigüedad—, había de ser un *Studium Generale*. Sin esta interdisciplinariedad corremos el riesgo de que las alicortas y miopes visiones de la utilidad inmediata ocupen el centro de la verdad.

Pero formación integral, o sea, *sapientia*, significa sobre todo el crecimiento como persona en todos los órdenes. Los antiguos se verían sorprendidos al comprobar que la universidad no siempre hace mejores a quienes enseñan o quienes aprenden. Y no les faltaría razón. ¿De qué nos serviría formar excelentes técnicos, médicos, abogados, empresarios, si carecen de una visión armónica del saber y del mundo, si no están preparados para hacer frente a los problemas éticos y morales que el ejercicio de su profesión les va a plantear inexorablemente? Personalmente les confesaré mi temor a vivir en un mundo dominado por expertos sin alma, a merced de especialistas que saben casi todo acerca de muy poco y casi nada acerca de todo lo demás, de las cosas que verdaderamente importan.

De no ser así, ¿qué clase de Universidad sería aquella que por aumentar su rendimiento con vistas a satisfacer la demanda de puestos de trabajo en el mercado, elimina como superfluas las grandes cuestiones de la existencia humana, Dios, el sentido de la vida, la muerte, la justicia, la paz tal y como se nos presentan en la literatura, la historia, la reflexión ética y la búsqueda del fundamento de las cosas? ¿Qué médicos, informáticos, fisioterapeutas, periodistas, ingenieros, publicistas serán aquellos que saben cómo funcionan las cosas, pero no para qué? ¿De qué sirve construir puentes, proyectar complejos industriales, diseñar sofisticados programas



informáticos o conocer las más avanzadas técnicas de cultivo celular, si no sabemos para qué los queremos? La sociedad de la hipertrofia de los medios y de la atrofia de los fines, —en expresión de mi admirado Paul Ricoeur— corre el riesgo de convertirse en alguna de las peores pesadillas diseñadas por las novelas de ciencia ficción: el mundo sometido a la racionalidad técnica instrumental, en la que el hombre es considerado únicamente un engranaje anónimo del complejo mecanismo social, considerado en función de criterios de eficiencia y rentabilidad. Un mundo donde no hay sitio para aquello que no sea útil.

9. Cuanto hemos dicho acerca de la misión de la Universidad Católica, puede resumirse en el ideal que los antiguos griegos denominaban *paideia*, un ideal de formación y de crecimiento de la persona⁸. Esta *paideia* cristiana deviene el principio inspirador de toda la vida universitaria. No se trata simplemente de algunas orientaciones pedagógicas concretas, ni de un código de comportamiento universitario. Lo mismo que el adjetivo católico aplicado a una universidad no puede limitarse a un añadido que designa la titularidad de la propiedad de la Universidad, que permanecería sustancialmente idéntica si fuese estatal o privada. Ser católica no puede limitarse simplemente al hecho de que en el *curriculum* se incluyan algunos cursos de teología o a la oferta de actividades de voluntariado social extracurriculares. Ni siquiera la presencia de una capellanía en la universidad, con la celebración institucional de algunos actos religiosos, basta para hacer que una universidad católica lo sea verdaderamente. Esta *paideia* cristiana, que constituye la dimensión católica de la universidad, debe permear sus fibras íntimas, las relaciones entre los miembros de la comunidad académica, la configuración de los planes de estudio, las actividades de la Universidad. De otro modo, estaríamos negando la capacidad que tiene el Evangelio para inspirar un modelo educativo y humano, pues la fe vendría a añadirse al final sobre un proyecto de hombre ya completo, como un simple adorno.

⁸ He desarrollado este tema más ampliamente en mi libro P. Poupard, *Le christianisme à l'aube du IIIe millénaire*, Plon-Mame, Paris 1999. Cfr. también *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana*, UCAM, Murcia, 2001.



En este contexto, adquiere una enorme actualidad la famosa *Carta a un estudiante* de Santo Tomás de Aquino⁹, en la que el santo ofrece a fray Juan, un joven estudiante, algunos consejos para mejorar el estudio. Entre estos consejos se encuentran, como no podía ser menos, algunos referidos al método de estudio, con algunas sugerencias interesantes: El uno, “proceder de lo más fácil a lo más difícil”, es el típico proceso de análisis. El trece, “atender a lo que se lee y escucha”, consiste en centrar toda la atención en las lecturas o en las clases. De aquí la recomendación doce: “retener en la memoria cuanto de bueno se escuche, sin importar quién lo haya dicho”, pues es al que ha escuchado a quien le servirá. El consejo catorce no presenta mayor dificultad, ya que se trata, simplemente, de aclarar, en lo posible, las dudas. El quince es memorizar, a la vez que entender, lo mas que se pueda, la materia de estudio. Finalmente, la advertencia dieciséis consiste en no estudiar aquellos temas que desborden nuestras capacidades intelectuales o el tiempo que podamos dedicar a meditarlos.

Sin embargo, junto a estas recomendaciones, Santo Tomás recuerda que para el estudio no basta únicamente un *método* de estudio adecuado, sino que es necesario además *un modo de vida* coherente. He aquí el programa de vida que ofrece Santo Tomás: “tres: depura tu conciencia; cuatro: No abandones el tiempo dedicado a orar; seis: Muéstrate amable con todos; once: no dejes de imitar los ejemplos de los santos y hombres buenos”. En su aparente sencillez, santo Tomás recuerda que la búsqueda de la verdad , y por tanto el estudio, es una facultad que implica a todo el hombre. La Universidad debería ser precisamente el lugar donde uno no sólo aprende más cosas, adquiere más conocimientos, sino, sobre todo, donde uno *es más, se hace más hombre, mejor hombre*, donde crece su humanidad.

Santo Tomás concluía su breve carta advirtiendo al joven estudiante: “Siguiendo esas indicaciones, echarás ramas y darás frutos útiles en la viña del Señor Altísimo, mientras vivas. Si sigues estos consejos, podrás alcanzar aquello a lo que aspiras”¹⁰.

⁹ Una edición reciente de la carta, con interesantes comentarios, en A. Lobato-J.A. Martínez Puche, *Tomás de Aquino, el santo, el maestro*, Edibesa, Madrid 2001.

¹⁰ Ibid.





10. Por ello, queridos amigos, es necesario recordar que la misión de la Universidad Católica no está completa sin la referencia a la evangelización. Pero una evangelización con el estilo y el acento propio del quehacer universitario. Esta misión comporta dos aspectos. En primer lugar, un aspecto subjetivo o personal: la evangelización de las personas. En esta perspectiva, “la Iglesia entra en diálogo con las personas concretas –hombres y mujeres, profesores, estudiantes, empleados–, y por medio de ellos, aunque no exclusivamente, con las corrientes culturales que caracterizan ese ambiente”¹¹. No olvidemos que a lo largo de la historia, la Universidad ha sido lugar de encuentro con Cristo vivo, gracias a las amistades surgidas en su seno, a la acción persuasiva y eficaz del profesor, o a la labor callada y humilde del personal no docente. En la Universidad de París, Ignacio de Loyola ganó para Cristo un grupo de compañeros que ofrecieron después su vida al servicio del Evangelio. El beato Federico Ozanam, desde su cátedra de la Universidad de París, daba testimonio público de su fe desde la cátedra y de la misericordia de Dios con los pobres a través de las Conferencias de san Vicente de Paúl.

Pero existe además un aspecto objetivo de esta evangelización, que consiste en la evangelización de la cultura, o sea, en “el diálogo entre la fe y las diversas disciplinas del saber”. En el contexto de la Universidad, la aparición de nuevas corrientes culturales está estrechamente vinculada a las grandes cuestiones del hombre, al sentido de su ser y de su obrar y, en particular a su conciencia y a su libertad. “A este nivel, es deber prioritario de los intelectuales católicos promover una síntesis renovada y vital entre la fe y la cultura”¹². También hoy es necesario anunciar a Jesucristo en los salones y los pasillos de la Universidad, en la conversación íntima, en diálogo alma a alma, o públicamente desde el estrado, en la capilla, a través de los diversos actos organizados por la Universidad.

11. No quisiera concluir sin mencionar un elemento insustituible en la configuración de este proyecto universitario. Me refiero a ustedes, queridos amigos profesores y profesoras. En la comunidad

¹¹ *Presencia de la Iglesia en la Universidad y la cultura universitaria*, p. 13.

¹² *Ibid.*





universitaria, todos son importantes. Pero indudablemente, la responsabilidad mayor recae sobre los profesores. La Universidad será lo que sean sus profesores, no sólo por su competencia científica y profesional, sino sobre todo por el testimonio límpido de su fe, por su humanidad plena y realizada en la que se unifican existencialmente la verdad, el bien y la belleza. Quiero por ello terminar ahora dirigiéndome a ustedes, queridos amigos para animarlos a vivir en plenitud su vocación de académicos cristianos. Permítanme que recurra para ello a una imagen tomada de la mitología y la literatura clásica romana: Eneas. Eneas es el héroe de la epopeya virgiliana, antecesor de la dinastía Julia, que huye de Troya cargando sobre sus espaldas al anciano padre Anquises, un gesto que le valió en la antigüedad el epíteto de pío. Y al mismo tiempo lleva de la mano a su joven hijo Ascanio. Eneas representa así el lazo de unión entre el pasado, en la figura de Anquises, y el futuro encarnado en Ascanio. El profesor universitario está llamado a desempeñar este papel frente a sus alumnos. Por una parte, lleva consigo todo el bagaje intelectual y existencial de las generaciones precedentes, y por ello puede convertirse en un punto de referencia seguro. Al mismo tiempo, conduce de la mano a las nuevas generaciones hacia regiones que él mismo ignora.

Queridos profesores, permítanme que les haga una invitación, que es al tiempo un ruego, como uno que conoce la universidad: sean *maestros* de sus alumnos y no sólo *docentes*. Dedíquenles todo el tiempo que sea necesario, sin tatarlo mezquinamente. Prolonguen la lección en el trato personal con sus alumnos, estimulen en el trato personal con ellos, la pasión por el saber, el deseo de aspirar a metas más altas, de no conformarse con los logros adquiridos. Demuéstrenles con su vida que es posible realizar la síntesis entre el conocimiento y el amor: que a un mayor conocimiento del mundo y de la realidad, corresponde una vida moral más íntegra, que saber más significa también ser más sabio y, por tanto, mejor. La Universidad católica, si quiere sobrevivir en medio de la despiadada competencia de nuestro tiempo, no necesita sólo de expertos, sino sobre todo de maestros.

12. Queridos amigos: nuestra misión en el mundo de la Universidad, como en el mundo, es ser portadores del Evangelio de la espe-



ranza. Sabemos que hay muchas cosas que no van bien, o no tan bien como quisiéramos. La paz y la convivencia pacífica, la justicia social, en esta tierra argentina y en el mundo entero aparecen tan frágiles o tan lejanas, que cunde el desánimo. Pero Dios no deja de actuar, no ha abandonado el mundo a su suerte. Es necesario saber leer los signos de los tiempos y descubrir, en medio de las convulsiones de nuestro mundo, las esperanzas y los anhelos de los hombres de nuestro tiempo, que constituyen puntos de anclaje para el anuncio del Evangelio. Es necesario redescubrir la virtud de la esperanza, la hermana menor de las virtudes, como decía Péguy. La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* sigue conservando plena actualidad y debe constituir una guía segura para orientar la misión del laico en el mundo, y en particular en el mundo universitario. Quisiera concluir precisamente estas reflexiones tomando unas palabras de *Gaudium et spes*, que constituyen un desafío y un llamado a la esperanza: “Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (*Gaudium et Spes*, 31).

Apéndice

Carta exhortatoria a fray Juan.

“Puesto que me preguntaste, Juan carísimo en Cristo, de qué modo debes aplicarte para adquirir el tesoro de la ciencia, este es el consejo que te doy:

- 1º Que por los riachuelos y no de golpe al mar procures introducirte, ya que conviene ir a las cosas difíciles a través de las más fáciles.
- 2º Por tanto, este es mi consejo y tu instrucción. Sé tardo para hablar e incorpórate tarde a los coloquios;
- 3º Depura tu conciencia;
- 4º No abandones el tiempo dedicado a orar;
- 5º Ama permanecer en tu celda, si quieres ser introducido donde está el vino añejo;
- 6º Muéstrate amable con todos;
- 7º No pretendas conocer con todo detalle las acciones de los demás.
- 8º Con nadie te muestres muy familiar, porque las familiaridades

originan desprecios y suministran materia para sustraerse al estudio;

- 9º En lo que dicen o hacen los mundanos no te impliques de ninguna manera;
- 10º Apártate del discurso que pretende explicarlo todo;
- 11º No dejes de imitar los ejemplos de los santos y hombres buenos;
- 12º Sin importarte a quién oigas, encomienda a la memoria lo que se diga de bueno;
- 13º Lo que leas y oigas, esfuerzate en entenderlo;
- 14º Acerca de los asuntos dudosos, cerciérate;
- 15º Y preocúpate de guardar cuanto puedas en el cofre de la mente, como quien ansía llenar un recipiente;
- 16º No pretendas lo que es más alto que tú.

Siguiendo esas indicaciones, echarás ramas y darás frutos útiles en la viña del Señor Altísimo, mientras vivas. Si sigues estos consejos, podrás alcanzar aquello a lo que aspiras”.

SANTO TOMÁS DE AQUINO